

LA INTERTEXTUALIDAD EN EL CARNERO DE JUAN RODRÍGUEZ FREYLE: ESCÁNDALO Y PECADORES EN NUEVA GRANADA (1636-1638)

Carmen Channing Eberhard*
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

El Carnero es una obra temáticamente inédita y narrativamente compleja. Por una parte, narra sucesos hasta 1638 han sido obviados por la historiografía neogranadina e incluso indiana, como el escándalo local. Por otra, desarrolla una intertextualidad notable en la medida que incorpora una serie de obras del mundo antiguo, medieval y moderno que enriquecen retóricamente su discurso. El análisis específico de las figuras del diablo y Eva en los excursus de la obra dan cuenta de una pretensión estética del autor, pero también explicativa e interpretativa.

Palabras claves: El Carnero, intertextualidad, escándalo, historiografía indiana, Juan Rodríguez Freyle, Nueva Granada.

INTERTEXTUALITY ON JUAN RODRÍGUEZ FREYLE'S EL CARNERO: SCANDAL AND SINNERS IN NUEVA GRANADA (1636-1638)

El Carnero is a work both thematically unprecedented and narratively complex. On the one hand, the author narrates those events that until 1638 have been bypassed by the neogranadian historiography, like the local scandals. On the other hand, he develops a remarkable intertextuality including ancient, medieval and modern historiography and literature in order to enrich his discourse. The specific analysis of what the devil and Eva means in his excursus, show his esthetic, but also explicative and interpretative concern.

KeyWords: El Carnero, intertextuality, scandal, colonial historiography, Juan Rodríguez Freyle, Nueva Granada.

Artículo Recibido: 2 de Septiembre de 2015

Artículo Aceptado: 1 de Octubre de 2015

* E-Mail: cchanninggo@gmail.com

Introducción

Los historiadores y cronistas indianos intentaron recoger desde el siglo XVI en adelante los sucesos de un mundo completamente nuevo para Europa y Occidente, historiando sobre los más diversos temas: la geografía de América, los pueblos que la habitaban, la llegada de los españoles, la evangelización de los indígenas y la fundación de reinos y ciudades, entre muchos otros asuntos. La producción historiográfica indiana fue abundante y sin duda notable, pues cronistas y eclesiásticos debieron elaborar un método de trabajo inédito acorde a la naturaleza de estas nuevas tierras. Asentada en la tradición historiográfica y literaria de historiadores europeos, la historiografía indiana fue capaz de recoger y proyectar la singularidad del Nuevo Mundo hacia Europa y Occidente.

Pero para esta tarea, los españoles e incluso los primeros criollos, miraron a América con ojos europeos. La historiografía del Nuevo Mundo sentó sus bases en la tradición antigua, pero por sobre todo en la tradición cristiana medieval –aunque tomó también técnicas del humanismo moderno–, construyendo una historiografía bastante compleja debido a la cantidad de tradiciones narrativas recogidas y aunadas bajo un mismo relato.

La complejidad de la historiografía indiana aumenta, además, cuando consideramos sus variaciones regionales e históricas, pues las motivaciones de los cronistas y los temas de sus obras variaron de acuerdo a si el autor escribía desde la capital de un reino o desde la frontera; si narraba la conquista de los indígenas, su evangelización o la sociedad colonial; si este era criollo, mestizo, eclesiástico o civil; o bien si la obra de carácter regional o general.

En resumen, las fuentes escritas para aproximarse a la historia del Nuevo Mundo son múltiples y muy variadas en cuanto su composición y temáticas de desarrollo, de ahí la riqueza de este género, pero también uno de sus mayores problemas: la historiografía indiana se construye en base a tradiciones anteriores, pareciera que no crea hasta casi mediados del XVII una tradición historiográfica propia¹.

En este escenario, llama la atención una crónica en particular: *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada: de las Indias occidentales del Mar Océano*, obra más conocida como *El Carnero*. Fue escrita en 1638, durante el reinado de Felipe IV por el

1 Sazo, Felipe en VVAA, *Comprender el pasado. Un historia de la escritura y del pensamiento histórico*, Madrid, Akal, 2013, pp. 341-359.

criollo, Juan Rodríguez Freyle. El autor narra los primeros cien años del reino, pasando por los principales exploradores de la época, la fundación del Nuevo Reino por Jiménez de Quesada en 1538, el pasado inmediato de los pueblos indígenas de la zona hasta la llegada de los españoles, el triunfo de estos últimos, la fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá y la relación de esta con las ciudades y audiencias vecinas.

A diferencia de otras crónicas indianas, *El Carnero* se caracteriza por narrar una historia escandalosa, marcada por la infidelidad, la venganza y la corrupción. Desde un punto de vista temático, no existen crónicas anteriores que narren este tipo de eventos, pues las primeras crónicas de Indias narraban la geografía del lugar, las costumbres de los pueblos indígenas y su evangelización, principalmente. Pero además, *El Carnero* es una obra estéticamente valiosa, puesto que combina de tal manera las figuras literarias con los sucesos que narra, que la línea entre historia y literatura tiende a difuminarse. En resumen, se trata de una obra temáticamente inédita y narrativamente compleja.

Los primeros trabajos sobre esta obra se dedicaron a identificar la naturaleza del documento, donde algunos, como Felipe Pérez Vega establecieron que la obra era eminentemente histórica, mientras que otros, como Imbert Anderson, sostuvieron que su carácter era literario. La mayoría de los estudiados se inclinaron por su naturaleza híbrida o mixta, donde si bien el objetivo de *El Carnero* era histórico, su composición discursiva obedecía a los objetivos de la literatura, superponiéndose en reiteradas ocasiones historia y literatura².

En este sentido, creemos necesario estudiar de manera histórica la crónica, pero sin perder de vista su riqueza retórica y estética. Así, consideramos que su principal técnica narrativa es la intertextualidad, es decir, el diálogo que el autor establece con otras obras por medio de los *excursus* –interrupción narrativa que busca comentar o reflexionar lo historiado en relación a otro asunto que no necesariamente está siendo narrado–, pues en ella se condensa la esencia de la obra y de su pensamiento. Particularmente, nos llama la atención el sentido moralizante y ejemplificador de los *excursus*, volviendo a la digresión una fuente de costumbre y moral indiana.

Por otra parte, la variedad de autores con los que el autor dialoga es notable. Dentro de los *excursus* podemos encontrar referencias a autores clásicos –Hesíodo, Horacio, Virgilio– a literatura medieval –El Cid–, literatura española de la época –La Celestina,

2 La mayoría de los especialistas han establecido que *El Carnero* es una obra histórica –Felipe Pérez, Ignacio Borda, José María Vergara y Vergara, Miguel Aguilera, Fernando Martínez, Mario Germán Romero y Darío Achury Valenzuela, entre otros– sin embargo su carácter ha sido discutido reiteradas veces, entrampándose en un debate que pareciera haber sido abandonada después de la década de los setenta. Por consiguiente, rescatamos el planteamiento de Walter Mignolo respecto a *El Carnero*: para enfrentarse a esta obra es necesario tener en cuenta su complejidad discursiva y “no forzar la clasificación rígida de los textos en consideración, sino tomarlos en su ambigüedad; una ambigüedad localizada en los niveles de las estructuras, los tipos y la formación”. Para profundizar en este debate, revisar: Achury Valenzuela, Darío, Introducción. Rodríguez Freyle, Juan, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada: de las Indias Occidentales del Mar Océano*, Venezuela, Biblioteca de Ayacucho, 1979.

El Quijote– y libros del Antiguo Testamento, siendo estos últimos uno de lo más desarrollados referenciados en a lo largo de la obra. Creemos que esta decisión narrativa no solo guarda relación con asuntos de discurso, sino también con el pensamiento histórico del autor: la historia del Nuevo Reino de Granada no es la historia de la búsqueda de la salvación como narra el Nuevo Testamento y la historiografía indiana más temprana, sino, la historia del pecado, de la expulsión del paraíso, como intentaremos demostrar más adelante. Una lectura intertextual de la obra puede ayudarnos a comprender la obra, al autor y, en parte, el pensamiento de la época.

1. Las ropas y joyas prestadas de El Carnero

En la década del treinta, el lingüista ruso Mijail Batjin, introdujo los primeros análisis de intertextualidad en la literatura, estableciendo que «todo texto se construye como un mosaico de citas, todo texto es absorción y transformación de otro texto. En lugar de la noción de intersubjetividad se instala la de intertextualidad, y el lenguaje se lee, por lo menos, como doble»³. En este sentido, la intertextualidad no es una creación metodológica ni retórica de la historiografía indiana; de hecho, sus antecedentes los podemos encontrar ya en el mundo antiguo hasta proyectarse al Nuevo Mundo. Así, Rodríguez Freyle sostiene que:

*esta doncella [Nueva Granada] es huérfana, y aunque hermosa y cuidada por todos, y porque es llegado el día de sus bodas y desposorio, para componerla es necesario pedir ropas y joyas prestadas, para que salga a la vista: y de los mejores jardines coger las más agraciadas flores para la mesa de los convidados*⁴.

El fragmento da cuenta de la necesidad –y voluntad– del autor de vestir su obra, de adornarla con ropas y joyas de otro, posiblemente porque no tiene las propias. Interpretamos esta idea como una necesidad retórica propia de nuestra autor, surgida posiblemente por la falta de referentes historiográficos locales para narrar la historia del Reino. De este modo, el autor recurre a tradiciones historiográficas y literarias anteriores para narrar los primeros cien años de Nueva Granada.

Así, proponemos que es precisamente en ese “préstamo de ropas y joyas” donde se identifican las distintas tradiciones narrativas que nutren a la obra, además de ser el espacio donde descansa la interpretación que tiene Juan Rodríguez Freyle de la historia neogranadina. La alusión constante a episodios y personajes del Antiguo Testamento, se enmarca en la necesidad del autor de embellecer un relato que pareciera no tener

3 Kristeva en «Intertextualité: treinta años después», *Los Naranjos*, 1997, p. vi, 1/08/2014, 12:06 hrs. <http://www.criterios.es/pdf/intertextualite30.pdf>

4 Rodríguez Freyle, *op.cit.*, p. 36

otros referentes retóricos más que los europeos, pero también de representar la sociedad criolla neogranadina del XVII.

De esta manera, el escándalo en Nueva Granada es explicado a partir de la historia bíblica, decisión que cumple un rol estético y pedagógico, pero también interpretativo y moralizante. Así, el error transita entre el escándalo y el pecado, entre lo socialmente incorrecto y moralmente prohibido. En este artículo se analizarán de manera específica cómo Rodríguez Freyle viste el mal con la figura del diablo y de Eva.

El diablo: cambio y continuidad

La figura del demonio es un tema bastante recurrente en la historiografía indiana, sobre todo en aquella que narra la historia del pasado indígena⁵. *El Carnero* está compuesto por veintidós capítulos y tan solo cuatro de ellos –concentrados al comienzo– están destinados a narrar sobre el pasado indígena previo a la llegada de los españoles, de modo que cabe cuestionarse cuál es la imagen que tiene Freyle de estos pueblos, pese al pequeño espacio que le dedica en su obra⁶.

El último capítulo referido al pasado indígena se titula «Donde se trata de las costumbres, ritos y ceremonias de estos naturales»⁷. Como introducción al capítulo, el autor comienza narrando detalladamente la expulsión de Adán y Eva del paraíso, relato que pareciera no tener mayor relación con las costumbres y ritos indígenas que se anunciaban en el título. Adelantándose a las posibles dudas del lector, el mismo autor sostiene: «Páreceme que ha de haber muchos que digan: “¿qué tiene que ver la conquista del Nuevo Reino, costumbres y ritos de sus naturales, con los lugares de la Escritura y Testamento viejo y otras historias antiguas?”»⁸. Pareciera que la respuesta se encuentra, en parte, en el diablo:

Antes que en este Reino entrase la palabra de Dios, es muy cierto que el demonio usaba de su monarquía, porque no quedó tan destituido de ella que no le haya quedado algún rastro, particularmente entre infieles y gentiles, que carecen del conocimiento del verdadero Dios; y estos naturales estaban y estuvieron en esta ceguedad hasta la conquista, por lo cual el demonio se hacía adorar entre ellos y que le sirviesen con muchos ritos y ceremonias⁹.

5 Martínez, Iñaki, «La presencia del demonio entre los indios de Nueva Granada según las crónicas de Indias (siglos XVI y XVII)», 30/09/2014. <http://mhistorico.files.wordpress.com/2014/08/artc3adculo-demonio-en-las-crc3b3nricas-de-indias.pdf>

6 En estos capítulos, el autor describe quiénes eran los caciques del lugar, Bogotá y Guatavita, explicando cómo eran los pueblos de cada uno, cómo se inició la guerra que libraron ambos pueblos, cómo Bogotá triunfó sobre Guatavita, y finalmente cómo eran las costumbres y ritos de este nuevo pueblo triunfante. En los capítulos siguientes, apenas aparecen comentarios de estos pueblos y cuando son mencionados, siempre es en relación a otro personaje, interpretando un rol secundario en la historia del reino.

7 Rodríguez Freyle, *op.cit.*, p. 34.

8 *Ibid*, p. 36.

9 *Ídem*.

Si bien la visión de Rodríguez es que el diablo efectivamente habitaba entre estos pueblos, el autor no los identifica con la herejía, tampoco con la idolatría, sino con el concepto de gentil. Santo Tomás había establecido ya en el siglo XIII la distinción entre tres tipos de infiel: aquellos que, conociendo la existencia de la fe cristiana, la rechazaban y combatían, como los musulmanes; aquellos que, conociendo la existencia de la fe cristiana, solo la rechazaban, como los judíos; y aquellos que eran infieles netamente por desconocimiento y que, por tanto, ignoraban que eran pecadores, denominados, gentiles¹⁰.

Siguiendo la línea tomista de los distintos tipos de infieles, Rodríguez Freyle identifica a los naturales de Nueva Granada con la categoría de gentiles, como aquellos que no veneran a Dios por ignorancia de su existencia, no por voluntad.

El problema de la ignorancia de Cristo es bastante recurrente en la historia sagrada, lo podemos encontrar en los libros de Jeremías, Oseas y Proverbios, entre otros: «Naturalmente, el vulgo es necio, pues ignora el camino de Yahveh, el derecho de su Dios»¹¹, siendo esta idea recogida por la historiografía cristiana y proyectada hasta la historiografía indiana. Asimismo, lo podemos encontrar en las primeras crónicas neogranadinas, como la *Recopilación historial* (1581) de Fray Pedro de Aguado o las *Noticias historiales de las conquistas de Tierra firme en las Indias occidentales* (1627) de Fray Pedro Simón. El primero, monje franciscano del convento de Santa Fe del Nueva Granada, escribía a finales del XVI lo siguiente: «Pero en estos bárbaros se apoderó tan de golpe el diablo, que cegándolos de todo punto el uso de la razón y del entendimiento, y haciéndolos inferiores y sujetos al apetito sensual, que los hace tan semejantes a los brutos animales cuanto es notorio, les hizo y causó que perdiesen la noticia de semejantes cosas»¹². El segundo, también franciscano y principal fuente histórica de la que se valió Rodríguez para escribir *El Carnero*, identificaba los pueblos indígenas con la idolatría y la barbarie, mientras que el español se asociaba con el cristianismo y la civilización, respectivamente¹³.

Observamos entonces que la relación entre indígenas y paganos era ya una forma de representación de los primeros, asentada hacía por lo menos un siglo en Nueva Granada. Este aspecto nos parece clave, pues ofrece una segunda lectura de la descripción que realiza nuestro autor: en la medida que nos habla de la “ceguedad” de estos pueblos, identifica en ellos reconociendo la posibilidad de ser evangelizados. Así, la etapa histórica de los indígenas se identifica con lo que Marialba Pastor ha llamado el

10 Rojas Donat, Luis, *España y Portugal frente a los otros*, Universidad del Bio Bio, Talcahuano, 2002, p. 45.

11 Jeremías, 5:4.

12 Aguado en Martínez, Iñaki, *op.cit.*, p. 9.

13 Bolaños, Álvaro Felix, «Historia, ficción y representación del indígena en Fray Pedro Simón», *Revista de Estudios Colombianos*, N° 11, 1999, pp. 21-22

“pasado pagano” en América, donde las prácticas idólatras fueron consideradas «parte del pasado pagano de la humanidad al considerar que los indios compartían estas prácticas con los griegos, los romanos y otras religiones antiguas, y ver que –tal como había ocurrido en el Viejo Mundo»¹⁴.

Por una parte, se trata de una representación cristiana forjada en el pensamiento escolástico heredado en América, pero también de una apropiación del pasado indígena que le da sentido a la colonización del reino. La ceguera de los indígenas provocada por el diablo legitimaba, al menos desde el discurso, la llegada del español y la conversión de las almas. De esta manera, la llegada de los españoles a Nueva Granada no era sino, la manera de salvar a estos pueblos de la ignorancia, por medio de la conquista, la encomienda y evangelización.

La interrogante que se hacía Freyle de la relación entre las Sagradas Escrituras y el pasado indígena se contesta a partir de la necesidad del autor de insertar la historia del nuevo reino, incluyendo su pasado indígena, en la historia universal, donde la figura del diablo es justamente el vínculo entre indígenas y españoles, entre gentiles y cristianos, respectivamente. En el fondo, era necesario un pasado pagano para un presente cristiano.

Pero como mencionábamos anteriormente, la presencia del diablo en la historia cristiana es latente, aunque permanente. Un segundo momento donde Rodríguez Freyle nos comenta de la presencia del demonio en la historia es en el noveno capítulo, correspondiente a la historia de Juana García, una “negra horra”¹⁵. Juana García trabajaba para la esposa del gobernador del reino, quien se encontraba en un viaje de negocios cuando su mujer cayó en cuenta de un embarazo extramarital. Por medio de brujería, la esposa y Juana García comprobaron que don Alonso también era infiel e incluso evaluaron la posibilidad de interrumpir su embarazo. Una vez terminado el viaje del gobernador, los esposos se encararon y confesaron cada uno sus adulterios, pero la decisión de ambos fue denunciar a Juana por brujería al obispo, quien la condenó a ella y sus hijas a la hoguera.

A diferencia del juicio anterior, Rodríguez Freyle no reconoce en Juana García la condición de gentil, como sí lo hizo con los pueblos indígenas del reino. Juana ya estaba bautizada al catolicismo y trabajaba en casa de católicos, por lo que conocía la práctica cotidiana de la religión, y aun así su conducta era propia de una hechicera. «Conocida cosa es que el Diablo fue el inventor de esta maraña»¹⁶, condenaba Rodríguez Freyle, pues vinculaba a Juana directamente con el demonio en la medida que ya desde el siglo XV la brujería era considerada como una alianza con el diablo¹⁷.

14 Pastor, Marialba, «Del “estereotipo del pagano” al “estereotipo del indio. Los textos cristianos en la interpretación del Nuevo Mundo», *Iberoamericana*. XI. 43. 2011. p. 12.

15 Según Darío Achury Valenzuela, el término significa “esclava liberada”.

16 *Ibid*, p. 212.

17 Küng, Hans, *La mujer en el cristianismo*, Minima Trotta, Madrid, 2011, p. 83.

El episodio de Juana García nos vuelve a presentar el problema del diablo en la historia, aunque representado de otra manera. Mencionábamos anteriormente la concepción tomista de los tres tipos de infieles, sin embargo, estos pueden ser considerados amenazas “externas” a la cristiandad; se trataba de pueblos que no habían tenido mayor contacto con la cultura cristiana. La herejía y la brujería, en cambio, eran su enemigo “interno”, pues habitaban dentro de la comunidad amenazando permanentemente sus cimientos morales; se trataba de una transgresión consciente de la norma cristiana¹⁸.

Además, en la historia sagrada el diablo es un espíritu inhumano e inmaterial –un ángel caído antes de la existencia de la humanidad–, por lo que podríamos interpretar a Juana García no solo como una bruja que habita en la capital del reino, sino también, una personificación real del mal en la historia neogranadina.

Si comparamos el sentido de la narración de los indígenas con el de Juana García, se distinguen propósitos distintos. La idolatría previa a la llegada de los españoles, nos da cuenta de una época de ignorancia, augurando al lector la historia de la evangelización, pero el episodio de Juana García interrumpe dicha dirección. En esta línea, el sentido del episodio de Juana es más bien moralizante que descriptivo, pues busca denunciar la brujería y evidenciar su castigo, aunque también advierte que el diablo aún no ha sido desterrado de la historia del reino pese a su evangelización.

Ahora bien, la pervivencia de prácticas idólatras en Nueva Granada no era solo una manera de representar el mal en la historia, sino también evidencia de una profunda crisis moral y administrativa de un reino aún no consolidado. Para 1553, el mismo obispo que había condenado a la hoguera a Juana García, escribía a Carlos V indignado por los frailes que vivían en el reino, refiriéndose a ellos como «apóstatas y sin licencia de sus prelados, por no vivir en observancia, clausura ni religión (...) las heces y escoria que España deshecha por no poderlos sufrir»¹⁹. En la misma línea, en 1564 el doctor Andrés Díaz de Venero Leiva, primer presidente de la Real Audiencia de Santa Fe, describía: «Cosa muy ordinaria [...] en este Reino haber venido a él y estar avecindados muchos extranjeros, especialmente portugueses, y algunos con indios de repartimiento, porque no se han guardado las cédulas que contra ellos habían»²⁰.

Si bien esta carta y el episodio de Juana García retratan el contexto de mediados del XVI, para mediados del XVII el escándalo y la presencia del diablo parecen no haber abandonado Nueva Granada. En 1638, cien años después de haberse fundado el reino,

18 Ahora bien, los adúlteros tampoco quedaron exentos del juicio de nuestro autor. Si bien el castigo efectivo se impuso sobre Juana, su brujería murió con ella en el instante de la hoguera. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, los condenados son los esposos, quienes descansan en la memoria y en la historia de Nueva Granada como los verdaderos pecadores, según Rodríguez.

19 Juan de los Barrios en Garcés, María Antonia, «“Los olvidados de la historia”: Juana García y el archivo alternativo de *El Carnero*», p. 41, 2/10/2014 http://www.colombianistas.org/Portals/o/Revista/REC-35/8.REC_35_MaAntoníaGarc%C3%A9s.pdf

20 Díaz de Venero Leiva en *Ibid*, p. 32.

Juan de Mayorga asesinó a su hermana para evitar saldar una deuda que tenía con ella, episodio del que Rodríguez Freyle nos comenta: «¡Por cierto, famoso ladrón, fratricida! Que yo no le puedo dar otro nombre. Dime, segundo Caín y demonio revestido en carne humana; dime qué te movió a tan censurable crueldad? (...) El diablo procura siempre hacer de los hombres brutos con todo su poder captarles por soberbia, ensalzándolos con pensamientos que les inclinen a estimarse, y así caer en soberbia; y como él sepa por experiencia que este mal es tan grande, que bastó a hacerse ángel demonio, procura hacernos participantes en él, para que también lo seamos en los tormentas y penas que él padece»²¹. Así, el autor reflexiona que las conductas impropias guardan relación con el deseo del diablo de hacernos partícipes de él.

La interpretación que Rodríguez Freyle fue construyendo de la historia del reino, se plasma en un discurso, particularmente en los *excursus*, que utiliza la figura del demonio como parte de la explicación de los problemas morales de la sociedad criolla neogranadina. En este sentido, la llegada de los españoles y la evangelización, era interpretada por nuestro autor como el gran suceso que transformaría la historia de Nueva Granada, conformando en ella una comunidad cristiana. Pero el episodio de Juana García y de Juan de Mayorga significaban justamente lo contrario: el elemento de continuidad que, ya presente desde el pasado indígena, seguiría existiendo dentro de este nuevo reino cristiano, favoreciendo e instando en distintos momentos el pecado.

De este modo, el diablo era para Rodríguez Freyle no solo una joya prestada para vestir el mal de Nueva Granada, sino también la figura necesaria, obligatoria e imprescindible para comprender los escándalos del reino. En definitiva, el diablo era la pieza que le daba sentido a la idolatría previa a la llegada de los españoles y a los escándalos de la sociedad colonial neogranadina, que representa y explica, en parte, la continuidad del mal y el caos en la historia.

1.2 Eva: Hermosura y desplazamiento

Entre los siglos XVI y XVII, cuando la real cédula que permitía el paso de mujeres al Nuevo Mundo había sido expedida, el reino de Nueva Granada comenzó a diversificar rápidamente su población femenina. En este escenario, donde cohabitaban blancas, negras, indias, mestizas y mulatas, la conducta de la mujer neogranadina se volvió un tema de preocupación entre criollos y eclesiásticos. La producción literaria de estos siglos se orientó justamente a difundir un discurso de base castellana y católica sobre la conducta femenina. En esta línea, María Himelda Ramírez ha planteado que el discurso moralista en torno al comportamiento de la mujer se construyó en base a una feminidad

21 Rodríguez Freyle, *op.cit.*, pp. 390-392

polarizada entre la figura de Eva y María²². Resulta interesante cómo es que Rodríguez Freyle se vale precisamente de una serie de representaciones de Eva para representar a la mujer neogranadina, destacando “sabandijas”, “casta de víboras”, “armas del diablo”, “cabeza del pecado”, “destrucción del paraíso”, como algunos de los tantos epítetos que nuestro autor le otorga a la mujer en *El Carnero*.

A diferencia de los indígenas, las mujeres tienen un rol casi protagónico en la obra. Algunos autores como Rafael Maya han determinado que Rodríguez Freyle tenía un pensamiento verdaderamente misógino, del que además se podía detectar una proyección autobiográfica en torno a una frustrada vida amorosa. Sin embargo, especialistas como Oscar Gerardo Ramos, Rafael Moreno Durán y Alessandro Martinengo, han rebatido la tesis anterior, ya que la idea de la mujer como la responsable inmediata del pecado original, había sido un tópico literario desde la Edad Media en adelante. Al respecto, Martinengo sostiene: «prefiero interpretar la misoginia de Freyle como fruto de una postura principalmente literaria, es decir como inspirada y favorecida por la tradición ascética del cristianismo y por determinados autores, antiguos o contemporáneos al cronista»²³.

Considerando la importante oposición entre algunos de los adjetivos otorgados a la mujer, cabe cuestionarse cuáles son las características comunes entre las mujeres que causan el mal y con qué personaje bíblico las asocia. Respecto a lo primero, para Rodríguez Freyle no es cualquier mujer la causante del desorden, sino la mujer hermosa: «Siempre me topo con una mujer hermosa que me dé en qué entender. Grandes males han causado en el mundo mujeres hermosas»²⁴, «¡Oh hermosura, dádiva quebradiza y tiranía de poco tiempo!»²⁵ o «Siempre la hermosura fue causa de muchas desgracias»²⁶.

A partir de lo que plantea Achury Valenzuela, la hermosura es el *leit-motiv* de *El Carnero*: «no hay casi *excursus* en su libro en que el motivo dominante no sea el de la hermosura, en un contraste permanente de alabanza y vituperio, de elogio y escarnio»²⁷. Por ejemplo, ya en el pasado indígena de Nueva Granada, la hermosura femenina desconcentraba a los gobernantes de sus responsabilidades políticas: «soldados de Bogotá hicieron una muy célebre [fiesta] en el cercado del teniente Bogotá (...) diciéndole que él sólo había de ser el señor de todo y a quien obedeciesen todos, porque Guatavita sólo servía de estarse en su cercado con sus teguyes, que es lo propio de mancebas, en sus

22 Ramírez, María Himelda, *De la caridad barroca a la caridad ilustrada. Mujeres, género y pobreza en la sociedad de Santa Fe de Bogotá, siglos XVII al XVIII*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, 2006, p. 115.

23 Martinengo, Alessandro, «La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle», *Thesaurus*, Tomo XIX. n.º2, 1964, p. 289.

24 Rodríguez Freyle, *op.cit.*, p. 258.

25 *Ibid*, p. 290.

26 *Ibid*, p. 333.

27 Achury Vanzuela en *Ibid*, p. 297.

contentos sin ocuparse de la guerra»²⁸. Asimismo sucede una vez llegado los españoles: «ella quería que la mujer de su galán también muriese (...) Esto fue el origen y principio de los disgustos de este Reino y pérdidas de haciendas, y el venir de visitantes y jueces, polilla de esta tierra y menoscabo de ella... Callar es cordura»²⁹.

Observamos entonces que la hermosura de la mujer adquiere un sentido de peligro para el reino, aunque resulta interesante también que para el autor la hermosura es una amenaza universal: «Peligrosa cosa es tener la mujer hermosa, y muy enfadoso tenerla fea; pero bienaventuradas las feas, que no he leído que por ellas se hayan perdido reinos ni ciudades, ni sucedido desgracias, ni a mí en ningún tiempo me quitaron el sueño, ni ahora me cansan en escribir cosas»³⁰.

Pero volviendo a la intertextualidad que establece el autor entre el Antiguo Testamento y *El Carnero*, quien encarna y representa este tipo de hermosura, es Eva. De acuerdo al relato bíblico, Eva correspondía a una criatura hecha a partir de la costilla de Adán, ambos creados a imagen y semejanza de Dios³¹. Los libros de Samuel, Santiago y Mateo, entre otros, nos hablan de la perfección de Dios y su obra, por tanto, las primeras personas en habitar el planeta eran igualmente perfectas, de manera que Eva fue la primera mujer diseñada “personalmente” por Dios, siguiendo la perfección de su capacidad creadora: «No le faltaba ningún encanto y se la ha imaginado como poseedora de una belleza celestial»³².

Sin embargo, la perfección de ambas criaturas no los salvó del pecado original. Así, Rodríguez Freyle, parafraseando el Génesis, describe:

Eva, deseosa de ver paraíso tan delicioso, apartose de Adán y fuese paseando por él (...) Puso los ojos en aquel árbol de la ciencia del bien y del mal y enderezó a él; el demonio que le conoció el intento, ganole la delantera y esperola en el puesto a donde, en llegando Eva, tuvieron conversación. (...) El resultado de la conversación fue que Eva salió vencida y engañada, y de ella salió Lucifer con la victoria de entonces, quedando con ella hecho príncipe y señor del mundo»³³.

En este sentido, el primer atributo de Eva en cuanto a su condición de amenaza co-responde a su belleza, la que heredada a las mujeres del mundo, se transforma en una característica común a las mujeres en la historia de Nueva Granada: «Siempre me topo

28 *Ibid*, p. 27.

29 *Ibid*, p. 259.

30 Rodríguez Freyle, *op. cit.*, p. 289.

31 Génesis 1:27 – 2:22-23: «Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó. (...) De la costilla que Yahveh Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada”»

32 Vander Velde, Frances, *Mujeres de la Biblia*, Editorial Portavoz, Grand Rapids, Michigan, 1990, p. 13

33 Rodríguez Freyle, *op. cit.*, p. 35.

con una mujer hermosa que me dé en qué entender. Grandes males han causado en el mundo mujeres hermosas. Y sin ir más lejos, mirando la primera, que sin duda fue la más linda, como amasada de la mano de Dios, ¿qué tal quedó el mundo por ella?»³⁴.

Es precisamente este tipo de representación de la belleza la que se plasma en el décimo capítulo, cuando el autor narra la historia de Inés de Hinojosa, criolla de Barquisimeta, «mujer hermosa por extremo y rica» y casada con Pedro de Ávila, hacendado de Tunja. El episodio de Inés de Hinojosa trata sobre la llegada de Jorge Voto, maestro de danza y músico, quien se enamoró de Inés y juntos planearon y efectuaron la muerte de Pedro de Ávila para poder casarse sin mayor problema. Sin embargo, llegó a la ciudad un par de años después, Pedro Bravo de Rivera, quien también se enamoró de Inés y juntos planearon la muerte de Jorge Voto para realizar su vida amorosa juntos.

En resumen, el autor nos presenta la historia de tres hombres enamorados de la misma mujer, y en que dos de ellos terminan asesinados por orden de Inés, quien aparentemente no podía ser contradicha debido a su hermosura. Consideramos que la representación de Inés de Hinojosa se inspira, en parte, en la figura de Eva, en cuanto a su hermosura y la posibilidad de esta de desatar el caos en la historia.

Ahora bien, hay un segundo factor, además de la hermosura, que nos parece necesario analizar. En varios de sus *excursus* –como el recién mencionado u otros–, el autor insiste que el error de Eva, fue apartarse de Adán e ir a pasear por el Edén, probando finalmente del fruto prohibido: «Qué caro le costó a Adán la mujer, por haberle concedido que se fuese a pasear»³⁵. Denise Galarza ha trabajado esta idea en relación a *El Carnero*, llamándolo el “movimiento” o “desplazamiento” de Eva, acción que en relato de nuestro autor, junto a la hermosura, desata el caos en Nueva Granada³⁶. Siguiendo esta interpretación del desplazamiento, consideramos que en el pensamiento de Rodríguez Freyle, lo que sucede con la figura femenina, es efectivamente un desplazamiento, pero un desplazamiento metafórico y representativo, donde la mujer neogranadina transita del ideal mariano al comportamiento de Eva.

Desde la literatura, María ha sido caracterizada como una mujer única en la historia sagrada, tremendamente prudente, pero por sobre todo, obediente. Ya en la Anunciación María le decía a arcángel Gabriel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu

34 *Ibid*, p. 258.

35 *Ibid*, p. 258.

36 La autora desarrolla esta interpretación desde un punto de vista político, ya que para ella, *El Carnero* es una crítica encubierta al desorden político-institucional de del reino. Para la autora, Freyle recoge el sentido del movimiento o desplazamiento de Eva hacia el árbol donde estaba el fruto prohibido, para construir un paralelo con las mujeres neogranadinas. Así, Rodríguez Freyle para responsabilizar a la mujer mediante un relato en el que ella se desplaza del mundo privado-doméstico al mundo público-político. Para profundizar en el tema, revisar: Galarza, Denise, «La feminización de lo político en *El Carnero*». *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVII. N° 194-195. 2001. pp. 55-68.

palabra»³⁷, quedando para siempre sujeta a las órdenes de Dios. Eva, por el contrario, es la primera mujer en desobedecer al creador tras probar el fruto prohibido. El resultado de la obediencia de María, es el nacimiento de Cristo, mientras que el resultado de la desobediencia de Eva es la expulsión del paraíso. En otras palabras, la obediencia de María origina la historia cristiana, la desobediencia de Eva desata el caos en ella.

En el capítulo dieciocho, se cuenta la historia de Luisa Tafur, mujer casada Francisco de Vela, pero que mantenía una relación paralela con Diego de Fuenmayor. Francisco se percata y la golpea fuertemente para que nunca más lo volviera a hacer. En venganza, Luisa le pide a su hermano, Francisco Tafur, que mate a este último para así vivir en paz con Diego. Francisco accede y asesina a su cuñado, pero tras una serie de persecuciones e intrigas, confiesa y termina por ser degollado, a la vez que ahorcan a Alonso de Núñez, colaborador del asesinato de Francisco de Vela.

En el pensamiento de Rodríguez Freyle, es el adulterio de esta criolla el acto que desencadena la muerte de otros tres hombres en el reino. Así, nuestro autor reflexiona: «La lujuria es una incitación y aguijón de cruel maldades, que jamás consciente en sí quietud; de noche hierve y de día suspira y anhela. Lujuria es un apetito desordenado de deleites deshonestos, que engendra ceguedad en el entendimiento y quita el uso de la razón y hace a los hombres bestias»³⁸. No se trata solo de una denuncia de la desobediencia del matrimonio, sino también de condenar cómo este desacato conlleva a otros, en este caso, al asesinato.

Recordando el caso de Juana García, también es posible analizar el problema de desobediencia. Si la brujería era uno de los peores males que podían habitar en el reino, hemos de recordar que esta se lleva a cabo, en primera instancia, porque la esposa del gobernador había sido infiel, de modo que la desobediencia en *El Carnero* no solo conlleva a intrigas y asesinatos, sino también a alianzas con el diablo.

Ambos casos nos demuestran cómo las mujeres de *El Carnero* se alejan del discurso mariano, para acercarse a la figura de Eva, desplazándose del bien hacia el mal. Así, la imagen que construye Rodríguez Freyle de la mujer en su obra corresponde, en palabras de William Ramírez, a «la de un ser débil, equívoco y que no por azar sino por condiciones de carácter, es elegido por el Tentador para lanzar a todo el género humano en el pecado»³⁹.

Consideramos entonces que no es casualidad que no existan referencias a María en *El Carnero*, pues la historia de nueva Granada es la historia de la desobediencia y el desorden. De este modo, consideramos que en la técnica narrativa de Juan Rodríguez Freyle, la mujer se representa a partir de Eva, para justificar la narración de todo tipo de

37 Lucas 1:38.

38 Rodríguez Freyle, *op.cit.*, p.336.

39 Ramírez Tobón, William, «Al carnero también le gustan las mujeres», *Historia crítica*. 1993. p. 83.

escándalo en la sociedad neogranadina –infidelidades, intrigas, venganzas, herejías– a la vez que se justifican los *excursus* para moralizar al lector. Así como la figura de Juana García era necesaria para narrar cómo es que aún en un reino cristiano existen prácticas heréticas; los personajes de Inés de Hinojosa –con su extrema belleza– y el de Luisa Tafur, eran necesarios para explicar las intrigas y asesinatos de funcionarios entre indios.

Con todo, hemos de ser cuidadosos a la hora de interpretar el personaje de Eva como referente de Rodríguez Freyle para aproximarnos al rol de la mujer en la historia de Nueva Granada. En primer lugar, no debemos confundir que, si bien Eva desencadena el caos, no es en rigor, la causante del mismo. En este sentido, Rodríguez Freyle es consciente de que la responsabilidad del pecado original es compartida: «el hombre es fuego y la mujer estopa, y llega el diablo y sopla»⁴⁰ o «¡Oh mujeres! no quiero decir mal de ellas, ni tampoco de los hombres, pero estoy por decir que hombres y mujeres son las dos más malas sabandijas que Dios crío»⁴¹.

En esta misma línea, existen también *excursus* referidos a mujeres valientes, sabias y discretas, donde el autor utiliza como referentes, mujeres del Antiguo Testamento: «Quiero volver a la mujeres y desenojarlas, por si lo están, y decir un poco de su valor (...) La casta y famosa viuda Judith, con sabiduría y ánimo más que humano, guardando su decoro y limpieza, cortó la cabeza a Holofernes y libró la ciudad de Betulia. María, hermana de Moisés, fue doctísima, y tomando su adufe guió la danza con otras mujeres, y cantó en alabanza de Dios un cántico de divinas sentencias y, en memoria de la victoria que el pueblo de Dios había tenido contra faraón y su ejército. Abigaíl tuvo tantas letras y discreción, que supo aplacar la ira del rey David contra Nabal Carmel, su marido, después de cuya muerte mereció ser mujer del mismo rey David. La reina Esther fue tan docta y valerosa, que supo aplazar al rey Azuero para que perdonase al pueblo hebreo y sentenciase a muerte al traidor Amán»⁴².

Aquí el autor destaca el rol que estas mujeres han tenido en la historia, sin embargo, el *excursus* recién presentado, no tiene correlato con ningún personaje de la sociedad neogranadina, y es que pareciera que en la interpretación que tiene Rodríguez Freyle de la historia del reino, no han existido mujeres como Judith, María hermana de Moisés, Abigaíl y Esther, en cambio sí existen, e incluso abundan, mujeres como Eva. Tampoco se trata de que todas las mujeres del reino actuaran como esta última, de hecho hubo varias que fueron víctimas de maltrato o asesinato de sus esposos o de algún funcionario criollo, sin embargo, estas no tienen mayor relevancia en el discurso de nuestro autor⁴³.

40 Rodríguez Freyle, *op. cit.*, p.330.

41 *Ibid*, p. 202.

42 *Ibid*, p. 330.

43 Uno de los casos más representativos de mujeres víctimas, alejadas del caos y el mal, es del Jerónima de Mayorga, hermana del alcalde de Santa Fe, Juan de Mayorga, quien la mató –frente a su pequeña hija– para evitar saldar una deuda que tenía con ella. Revisar: Rodríguez Freyle, *op.cit.*, pp. 390-392

2. La interpretación de Freyle: local y universal

Las primeras décadas de la historiografía indiana estuvieron marcadas por un tono narrativo eminentemente mesiánico, era lógico que el descubrimiento el Nuevo Mundo inspirara a los cronistas a escribir una historia marcada por triunfo de Castilla ante Europa y del Cristianismo sobre la herejía. Sin embargo, el tono que predomina en *El Carnero* dista de ese triunfalismo indiano inicial. Como hemos visto, tanto el diablo como Eva asumen distintas formas en *El Carnero* y aparecen en distintos momentos de la historia del reino. Pareciera que, independiente del momento que se esté viviendo en Nueva Granada, la conducta de la sociedad criolla retrotrae a nuestro autor al pasado bíblico.

Las razones que llevan a nuestro autor a pensar de dicho modo son diversas y se mezclan de tal manera que su pensamiento se configura a partir de lo personal, lo local y lo universal.

Prácticamente no tenemos información de nuestro autor, salvo lo que él mismo nos narra en breves líneas de su obra:

A principios del año de 1553, entró en este Nuevo Reino el señor obispo don fray Juan de los Barrios, del Orden de San Francisco, el cual trajo consigo a mis padres. En este tiempo había una cédula en la Casa de Contratación de Sevilla, por la cual privaba su Emperador Carlos V, nuestro rey y señor, que a estas partes de Indias no pasasen sino personas españolas, cristianos viejos y que viniesen con sus mujeres⁴⁴.

Si bien pocas líneas, decidoras de su pensamiento. Tal como dijo Achury Valenzuela, «quiere el autor mostrar cómo sus padres vinieron al Nuevo Reino arrimados a la sombra de un buen árbol y casados como Dios y su rey mandan»⁴⁵. Consideramos que los escándalos del reino, particularmente de los funcionarios indianos y sus mujeres, evidencian una decadencia de aquellas dos virtudes que Rodríguez Freyle destacó de su vida: la moral católica y la obediencia hacia la corona. Juana García, Inés de Hinojosa, Luisa Tafur y Juan de Mayorga, entre muchos otros, son todos personajes fidedignos que evidencian el debilitamiento del rigor moral y de la norma castellana.

No se trata de una visión catastrófica de la historia, pero sí de una interpretación pesimista, donde los primeros cien años de Nueva Granada son la historia de un grupo de criollos que han llevado al exceso y el pecado la vida en el Nuevo Mundo.

Otro elemento que influye en su interpretación de la historia corresponde al carácter regional de *El Carnero*, a su interés por narrar lo que ocurre estrictamente en Nueva Granada. La importante decadencia económica de finales del XVI y principios

44 *Ibid*, pp. 103-104.

45 Rodríguez Freyle, *op.cit.*, p. x.

del XVII, sumado a la piratería colonial, el desajuste político-administrativo entre las aspiraciones metropolitanas y las realidades coloniales, la acelerada diversificación socio-racial producto del mestizaje –españoles, criollos, indígenas, negros africanos, judíos neo conversos, todos juntos en una “nueva Babel”–, la poca, por no decir nula acogida por parte de la sociedad criolla que tuvo el Concilio de Trento en la región, y el desarrollo de un sentimiento criollista en desmedro de la unidad del imperio hispano, minaron la posibilidad de una consolidación armoniosa del Nuevo reino de Granada en el periodo colonial⁴⁶.

La crisis que vivía Nueva Granada –en realidad, la mayoría de los reinos indianos, incluso la misma corte de Felipe IV– tuvo también repercusiones desde el punto de vista intelectual. En este sentido, la historiografía, entre otras razones, vivió un importante repliegue, construyendo una historia regional antes que general, aunque no por ello perdió de vista su sentido universal⁴⁷.

El esfuerzo de Rodríguez Freyle de narrar una historia regional, no guarda relación con un proceso de fragmentación religiosa en América, ni con un recogimiento de los reinos indianos sobre sí mismos, pero sí con una preocupación de narrar aquello que, hasta la fecha, no había sido completamente historiado. Como recién mencionamos, ello no significó que esta historia regional se percibiera de manera disociada a la historia universal, sino todo lo contrario: la interpretación de Rodríguez Freyle de Nueva Granada como un reino de pecadores, no se explica porque el neogranadino en particular sea pecador o más pecador que otro, sino porque el hombre cristiano es, en esencia, hijo del pecado. De esta manera, el escándalo se presenta como un hecho particular del reino, pero que se entiende a partir del sentido universal del pecado.

En este sentido, Soza plantea que ya en los comienzos de la historiografía cristiana los historiadores «se veían con la capacidad de relatar el diseño completo de la historia humana. Era el mismo autor de este plan –Dios– quien se los había dado a conocer. La actitud cristiana ante el mundo le facilitó la visión universal a la comprensión de la historia: el plan de salvación de Dios estaba abierto a todos los hombres de todos los tiempos y el relato histórico de la puesta en práctica de este designio se hacía, entonces,

46 Los objetivos del concilio estuvieron orientados a reforzar tanto la disciplina, como la doctrina católica, objetivos reafirmados además, para el caso del Imperio Hispano, con la Real Cédula de 1564 de Felipe II, que establecía que lo decretado en Trento era ley de la corona hispana en cualquiera de sus dominios. Sin embargo, pese a que el carácter ecuménico del concilio, las autoridades eclesiásticas de América no fueron invitadas a participar, factor que posiblemente influyó en que no se acatará con el rigor necesario. Además, los problemas asociados a la evangelización de los indígenas levantaron problemas de distinta naturaleza a los discutidos en Trento, como se vio en el III concilio provincial de Lima. Así, mientras la lucha que había librado Trento contra la herejía, el III concilio provincial de Lima la había librado contra la idolatría. Para profundizar este aspecto, revisar: López Lamerain, María Constanza, «El Concilio de Trento y Sudamérica: aplicaciones y adaptaciones al III Concilio provincial de limense», *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, Vol. 29, 2011

47 Es característica propia de la historiografía cristiana narrar asuntos locales bajo una impronta universal, característica que no solo trascendió a la historiografía medieval, sino también indiana.

valido también para todos los hombres»⁴⁸. En otras palabras, el escándalo en Nueva Granada se explicaba, en parte, porque, desde un punto de vista histórico, existía un pecado que lo prefiguraba, y que desde un punto historiográfico, se encontraba en el Antiguo Testamento. Algunos historiadores lo adaptaron evidentemente a su tiempo y contexto, pero el relato bíblico era válido para toda la humanidad.

En definitiva, la historia sagrada no fue solo un referente retórico e histórico para *El Carnero*, sino también la herramienta epistemológica necesaria y universal de Juan Rodríguez Freyle para conocer y significar el acaecer de la historia del Nuevo reino de Granada y sus personajes, cosa que se entiende a partir de la concepción medieval heredada por la historiografía indiana de no atribuir a ningún suceso del mundo terrenal, una significación aislada. En el fondo, se trata de una visión más amplia de la historia, propia del sentido universalizante de la historiografía cristiana.

Conclusiones

El Carnero ha sido una obra que, producto de su singularidad temática y narrativa ha provocado importantes debates historiográficos en cuanto a su naturaleza como obra histórica o literaria. De ahí el objetivo de introducir a este análisis herramientas propias de la crítica literaria, como el análisis intertextual, aunque sin perder de vista que este es un trabajo de investigación histórica. Así, se recurrió de manera específica a la historia de las representaciones y de la cultura para comprender, desde un análisis intertextual, cómo operaba la cultura intelectual de este cronista indiano en el Nuevo Reino de Granada en el XVII.

De esta manera, establecemos que el propósito de los *excursus* –al menos de aquellos asentados en el Antiguo Testamento– es representar el mal en el reino. En este sentido, las figuras del diablo y Eva, representa, explican y significan los escándalos de los primeros cien años de Nueva Granada.

Así, la incorporación de personajes bíblicos en la historia neogranadina puede ser visto como un recurso didáctico del autor, pues permiten explicar al lector, por medio los códigos morales asentados hacía cien años en la región, los problemas del reino; pero también puede ser analizado desde una perspectiva más amplia, en la medida que devela la misma interpretación que el autor tiene del acaecer del reino. Si bien la obra es de carácter regional, su interpretación corresponde a una visión más amplia, pues para comprender los problemas de su región recurre a soluciones de carácter universal, como es la prefiguración de la historia de la humanidad por la historia bíblica, para responder a la problemática de por qué Nueva Granada es un reino de pecadores. En el fondo, no es que el neogranadino sea más pecador que otro, sino que el hombre cristiano es, en

48 Soza, Felipe, *op. cit.*, p. 65

esencia, hijo del pecado. Si bien el escándalo se presenta como un hecho particular del Nuevo reino de Granada, este solo se entiende a partir del sentido universal del pecado.

La necesidad de nuestro autor por pedir “joyas prestadas”, tiene un sentido retórico e histórico, pero fundamentalmente interpretativo. Se trata, en realidad, de una justificación que sólo se comprende si se analiza desde la concepción medieval de no atribuir a ningún suceso del mundo terrenal, una significación aislada. La historiografía indiana y particularmente *El Carnero*, con su originalidad temática y discursiva, muestra cómo aún en el siglo XVII, la construcción del Nuevo Mundo se entronca con la tradición antigua y medieval del Occidente cristiano.

En definitiva, mediante el análisis sobre la influencia específica de la tradición bíblica en una crónica indiana particular, hemos podido aproximarnos a la manera en que un indiano del XVII percibió su mundo, significó su pasado local y forjó una imagen del Nuevo Mundo que estaba inserta en una visión más amplia, trascendente y universal.

Bibliografía:

- BOLAÑOS, ÁLVARO FELIX, «Historia, ficción y representación del indígena en Fray Pedro Simón», *Revista de Estudios Colombianos*, N° 11, 1999.
- GALARZA, DENISE, «La feminización de lo político en El Carnero», *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVII, N° 194-195, 2001.
- GARCÉS, MARÍA ANTONIA, «"Los olvidados de la historia": Juana García y el archivo alternativo de El Carnero», 2/10/2014 http://www.colombianistas.org/Portals/0/Revista/REC-35/8.REC_35_MaAntoniaGarc%C3%A9s.pdf
- KRISTEVA, JULIA, «Intertextualité: treinta años después», *Los Naranjos*, 1997, p. vi, 1/08/2014, 12:06 hrs. <http://www.criterios.es/pdf/intertextualite30.pdf>
- KÜNG, HANS, *La mujer en el cristianismo*, Minima Trotta, Madrid, 2011.
- MARTÍNEZ, IÑAKI, «La presencia del demonio entre los indios de Nueva Granada según las crónicas de Indias (siglos XVI y XVII)», 30/09/2014. <http://mhistorico.files.wordpress.com/2014/08/artc3adculo-demonio-en-las-crc3b3nicas-de-indias.pdf>
- PASTOR, MARIALBA, «Del "estereotipo del pagano" al "estereotipo del indio". Los textos cristianos en la interpretación del Nuevo Mundo», *Iberoamericana*. XI. 43. 2011.
- RAMÍREZ TOBÓN, WILLIAM, «Al carnero también le gustan las mujeres», *Historia crítica*, 1993.
- RAMÍREZ, MARÍA HIMELDA, *De la caridad barroca a la caridad ilustrada. Mujeres, género y pobreza en la sociedad de Santa Fe de Bogotá, siglos XVII al XVIII*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, 2006.
- ROJAS DONAT, LUIS, *España y Portugal frente a los otros*, Universidad del Bio Bio, Talcahuano, 2002.
- VVAA, *Comprender el pasado. Un historia de la escritura y del pensamiento histórico*, Akal, Madrid, 2013.
- VANDER VELDE, FRANCES, *Mujeres de la Biblia*, Editorial Portavoz, Grand Rapids, Michigan, 1990.